

... merece oler a gardenias: sobre *Todo esto te daré* de Dolores Redondo

Stefano Rossi
Università di Padova

“El tío Álvaro te pidió que pusieras las gardenias en mi bolsillo. [...] Manuel miró la blancura cerosa de la gardenia y su aroma masculino le trasladó al interior del invernadero; las notas de la música se mezclaron con el perfume de miles de gardenias y de nuevo su impresión fue tan fuerte y poderosa como si estuviese allí”. Bajo el cielo nublado de la Ribeira Sacra, en Galicia, se desarrolla la historia *noir* de Dolores Redondo, ganadora del Premio Planeta 2016 y autora de la exitosa trilogía que incluye *El guardián invisible*, *Legado en los huesos* y *Ofrenda a la tormenta*. *Todo esto te daré* cuenta la historia de Manuel, ocupado en la búsqueda de las huellas dejadas por su marido Álvaro, muerto en un presunto accidente en la tierra de sus orígenes. El cielo de Galicia, tan diferente del de Madrid, la ciudad de Manuel, refleja detalladamente los tonos grises no solo de sus ojos, sino también de lo más recóndito que el protagonista lleva engastado en las arrugas de su alma.

La lluvia que cae abundante, mojando la triste estancia de Manuel en la tierra gallega de Álvaro, contrasta con la incapacidad de Manuel de llorar, de sacar lo que tiene bien escondido dentro, de quitarse un peso relacionado con cierto trauma infantil al que se añade, ahora, el de la muerte imprevista de su marido:

y sin querer el recuerdo de la niñez de su marido le trajo el de la suya propia [...]. Siguió caminando sin dejar de sonreír, coleccionando las huellas de su hermana, las suyas propias y la impronta que habrían dejado en el aire al jugar allí. Deseó haber tenido aquella infancia y lo hizo sin carga, sin amargura ni rencor, fue más bien melancolía. (p. 113)

Las tormentas que truenan, hierven y se preparan con toda su fuerza en el horizonte gallego se superponen a la nostalgia que sobrevive enganchada al corazón de Manuel desde su infancia, evaporada demasiado pronto tras la muerte de su única hermana y de sus padres.

Galicia es para Manuel una tierra de secretos; de hecho, aquí Álvaro tiene una vida paralela, que nunca ha chocado con la vida compartida con Manuel en Madrid, que nunca ha interferido con sus sentimientos hacia el marido, que nunca ha llevado a Manuel a sospechar de los numerosos viajes de trabajo y de las largas ausencias de Álvaro. Una página tras otra la autora nos acompaña a lo largo de la historia de Manuel, en busca

¹ Redondo, Dolores (2016): *Todo Esto Te Daré*, Barcelona: Planeta, p. 577. De aquí en adelante las referencias al texto serán colocadas entre paréntesis solamente mencionando el número de página.

del pasado secreto de su pareja que acaba de dejarlo huérfano de un amor: “Y el estaba allí. Sintió su presencia como si lo tuviese a su lado; el aroma de su piel, la huella de su existencia, su esencia misma. [...] Cerró los ojos para concentrarse en captar hasta la última nota del aroma [...], y quedó así, huérfano de su aroma, roto de su ausencia y con el rostro surcado de lágrimas de pura rabia” (pp. 123-124). Pronto Manuel se entera de que Álvaro pertenece a una de las familias más ricas e importantes de Galicia, quizás de España, los Muñiz de Dávila. Así descubre con estupor y miedo que su pareja, a través de pocas líneas marcadas sobre una hoja, le ha dejado una pesada herencia: bienes materiales, dinero, su título nobiliario y el destino de su familia. Manuel, de repente, llega a ser el marqués de un imperio familiar antiguo, contraseñado por telarañas que intentan esconder secretos y traiciones. Es un ambiente hostil el que Manuel hereda, de hecho, un ambiente que no lo acepta y del que él no quiere formar parte.

Tanto la pérdida de su amor, como en general de todo punto fijo, le obligan a Manuel a volver a refugiarse en la escritura y lectura, tal y como hacía para alejarse de la realidad:

Leer fue la fortaleza en la que defenderse mientras se batía en una guerra perdida contra el instinto exultante de su sexualidad. Leer era una defensa, un escudo en el que armar de recursos su timidez para relacionarse. Pero escribir era infinitamente más que eso. Escribir era el palacio interior, los sitios secretos, los lugares más bellos formando parte de un conjunto de ilimitadas estancias que él recorría, riendo, corriendo descalzo, deteniéndose a acariciar la belleza de los tesoros que allí albergaba. (p. 41)

La literatura es el mundo que salva a Manuel de los recuerdos relacionados con su niñez; este es el mismo mundo que, sin embargo, lo aleja de Álvaro. Su amor por la lectura y escritura, su visión cerrada en la quimera de su trabajo, sus esfuerzos por terminar un libro tras otro son, en la historia de Dolores Redondo, límites a la posibilidad de conocer verdaderamente a su amante.

La autora parece aquí enfrentar dos mundos: la intolerancia hacia la homosexualidad por un lado y la tradicional hipocrisía hacia la pedofilia dentro de la institución eclesiástica por otro, introduciendo en la trama la violación infantil del hermano de Álvaro por parte de un cura. La familia de Álvaro está guiada por una inamovible fe en aquella institución secular, hasta llegar al punto de sacrificar la dignidad de un hijo por el respeto hacia la Iglesia y hacia la etiqueta tradicional: “los miembros de esta familia eran importantes valedores de la Iglesia: descenden, por una de sus ramas, de un religioso muy poderoso de su tiempo” (p. 109). Un sentido del honor que va más allá del sentido común, que da vida a una macabra voluntad y exigencia de enterrar tanto los babosos placeres carnales de los que el hermano de Álvaro fue víctima, como el escándalo causado por la libre, inocente manifestación del amor entre dos personas del mismo sexo, como si pedofilia y homosexualidad pertenecieran al mismo gremio simbólico, como si compartiesen el mismo estatus: “El viejo marqués, padre de Álvaro, era un hombre muy estricto [...]. La homosexualidad de Álvaro le resultaba inaceptable” (pp. 57-58).

“– No puede sentarse aquí, es el banco de la familia –casi riñó el albacea. [...] –

Yo soy la familia. [...] El hombre que está en este atuán es mi marido [...]” (pp. 78-79): con esta pocas palabras se resume el esfuerzo de Manuel por hacerse reconocer, por subrayar el papel que tiene en la vida de Álvaro. Manuel no consigue verse aceptado. La inquisitoria negación de la marquesa a aceptar la homosexualidad de su hijo ya difunto es el resultado de un materno horror, de una especie de obsesión por la religión, por un Catolicismo obstinado: “Usted no pertenece a este lugar y ni todas las cláusulas de propiedad del mundo pueden cambiar eso. Éste nunca será su hogar, ni la mía su familia, salga de mi casa y no regrese nunca” (p. 300). La llegada de Manuel matiza de rojo sangre el nombre de los Muñiz de Dávila y de la marquesa misma, que escupe a menudo su odio hacia Manuel.

Si disfrazarse de monje o de cura siempre ha sido la solución más adecuada, la única socialmente aceptada, para bloquear una sexualidad desviada, la crónica de hoy y Dolores Redondo llevan al descubierto lo inamisible de la hipocrisía: el disfraz no soluciona el problema. Le ha tocado a Papa Francisco, en el medio de un vuelo de vuelta de Hispanoamérica, en pleno océano Atlántico, abrirse a la diversidad preguntándole “¿quién soy yo para juzgar?” a un periodista que acababa de pedirle su opinión sobre los matrimonios entre personas del mismo sexo. La pedofilia y la homosexualidad ya no parecen tener el mismo peso.

A pesar de todo lo negado por Álvaro, Manuel sigue hurgando en los rincones mas oscuros de este ambiente, ayudado por las caricias de los recuerdos de Álvaro. Una cárcel en la que la marquesa había cultivado la inmortal pedagogía del miedo. Un miedo que se infiltra en los espacios más íntimos, hasta rozar la convicción de ser diferentes y demasiado frágiles. A pesar de su ausencia física, Álvaro guía a Manuel a través de la espesura de esa selva a la que antes le ha negado toda posibilidad de acceso, como si ya conociera el destino y las dificultades que su pareja encontraría lejos de sus bolígrafos y fuera de sus libros, fuera de aquel mundo que siempre lo había protegido: “En el inmenso ropero, las pocas camisas que Álvaro se había llevado colgaban perfectamente planchadas en las gruesas perchas, que oscilaban perdidas en el interior, provocando con su movimiento un turbador efecto de vida. Sintió en impulso de tocarlas, de acariciar la suave tela, de permitir que las puntas de sus dedos buscasen la presencia errante de su dueño” (p. 360).

Los románticos recuerdos de un amor desaparecido, el contacto con la fragilidad indefensa de los pétalos de una flor, el perfume que hincha los pulmones hasta llegar al recuerdo nítido de una persona querida, la ligera caricia sobre una foto descolorida y borrosa, los cuentos de quien pudo disfrutar de la presencia del difunto, encaminan los pasos de Manuel, quien aprende a andar con dignidad y orgullo sin tropezar ya con aquellas miradas cargadas de juicio:

Cerró los ojos para concentrarse en captar la última nota del aroma que se diluía rápidamente mezclando con los vulgares efluvios que procedían del resto del mundo y que le robaban momentos de milagro de tenerle un instante más. (p. 124)

El amor de ninguna forma puede oler a vergüenza, merece oler a gardenias, siempre.